La vida está hecha para mujeres valientes

Aida García Revuelta,
Colegio Ntra. Sra. del Rosario. Valladolid

Parece haber redundancia en los continuados intentos que, desde diversos ámbitos de la cultura, se esfuerzan por dar a la mujer un lugar importante en la historia, como si no estuviera demostrado, datado y contrastado a lo largo de los siglos.



Encuentro de María y Ana, vidriera del Colegio Nuestra Señora del Rosario, Valladolid, obra de Jose María Labra

¿Es posible que, hoy en día, alguien dude de que Cleopatra fuera gobernante de una dinastía tan importante como la del Antiguo Egipto? ¿Se podría concebir la Escuela Neoplatónica sin Hipatia de Alejandría, su principal baluarte en matemáticas y astronomía?, ¿Es que no fue suficientemente relevante el papel de Isabel la Católica, primera gran reina de Europa, que definió y consolidó las bases del Imperio español?

¿Lograríamos entender el Nuevo Mundo sin la figura de la Malinche, madre simbólica del mestizaje?, ¿Acaso no recordamos la determinación de Juana de Arco, humilde campesina francesa, que logró liderar a miles de hombres para liberar a su país de los ingleses? Todas estas preguntas retóricas asumen una premisa clara: la historia avala a la mujer.

No obstante, no hay que trasladarse a un tiempo tan remoto cuando se piensa en la relevancia del género femenino. Ese testigo lo han recogido cantidad de soberanas, escritoras, científicas, investigadoras, educadoras, activistas y un sinfín de disciplinas que han mantenido ese legado alejado de ese mito falaz que dividía a los hombres y a las mujeres en sexo fuerte y sexo débil.

No queda tan lejos de nuestra memoria Rosa Park, luchadora incansable por los derechos civiles, que tuvo la valentía de ocupar ese asiento reservado para blancos en vez de situarse en la parte de atrás del autobús donde "debían" ir sentados los afroamericanos.



Juana de Arco representada a caballo en una ilustración de un manuscrito de 1504 (Wikipedia Commons)

En nuestro recuerdo está siempre la labor incansable de la misionera Santa Teresa de Calcuta, símbolo eterno de generosidad, que atendió a miles de pobres, acompañó a cientos de huérfanos y curó a tantos enfermos en la India, viviendo en primera persona todas sus penurias y dejando una congregación, la de las Misioneras de la Caridad, que perdura en la actualidad.

Y en nuestros días, reconocemos mediante el premio Nóbel de la Paz a dos mujeres que luchan por los derechos humanos: La líder indígena Rigoberta Menchú, víctima de represión por terratenientes guatemaltecos que, por un lado, consiguió liberar a los campesinos indígenas de la esclavitud, explotación y tortura gracias a sus perseverantes esfuerzos; y por otro, promovió a través de una campaña pacífica, la denuncia ante la situación de la mujer en Hispanoamérica.

Y la joven paquistaní Malala Yousafzai que puso en riesgo su vida por defender el derecho a la educación de las niñas en un lugar donde el régimen talibán prohibía la escolarización de las mismas. Estas oraciones enunciativas dejan entrever una segunda premisa evidente: Algunas mujeres dan su vida por un mundo mejor.

Teniendo en cuenta la estructura de un silogismo, podemos deducir que de la citada premisa mayor -la historia avala a la mujer- y de la mencionada premisa menor -algunas mujeres dan su vida por un mundo mejor- se infiere su conclusión lógica: La vida está hecha para mujeres valientes.

Este tipo de razonamientos filosóficos son una práctica común entre estudiantes de esta materia, quizá por eso, el Papa Francisco, licenciado en filosofía, se valió de estas combinaciones lógicas para reflexionar acerca de tantos asuntos que le atañen, entre los que se encuentra, el de la mujer en la Iglesia. Probablemente, fruto de tantas deliberaciones, meditaciones y premisas, el Sumo Pontífice llegó a la conclusión de que era transcendental introducir a mujeres -y a personas laicas- dentro del órgano político del Vaticano, de ahí que surgiera una Nueva Constitución eclesiástica que abarca y respalda estas cuestiones, la denominada Praedicate Evangelium.

Y es que, en unos años, el Pontífice ha aumentado la cifra de mujeres como parte de estas medidas reformadoras en la Ciudad del Vaticano pues, según el Papa: "La inclusión de la mujer es un acto de justicia, no es una moda feminista".

Esta labor reformista de fomentar la presencia de la mujer en la iglesia hace que la máxima Institución eclesiástica abra la puerta a otros tipos de pensamientos, de planificación, de gestión y de modernización hacia una casa de Dios en la que no solo caben todos, sino que también, la participación y la aportación de forma activa y visible es necesaria, entonces, ¿Por qué no pensar en una priora dirigiendo una diócesis? ¿Cuál es la sorpresa en ver a una clériga oficiar una misa? ¿Y si en una futura fumata blanca el Cónclave decidiera que el nuevo Vicario de Cristo fuera una Papisa?

Pues, probablemente, la institución eclesiástica diera un paso determinante hacia la visibilidad de una realidad que ha sido patente en el curso de la vida y que, paradójicamente comenzó en la Virgen María. Nuestra madre, modelo perfecto de fe y valentía, logró entender, gestionar y cooperar con el plan de Dios en su cometido en la tierra, mostrando su plena disponibilidad y trasladándoselo así a José en su tarea de realizar la obra más importante para un católico: el nacimiento de Jesucristo.

Por ende, el Sumo Pontífice, teniendo como principal referente de vida a María,



Madre Teresa (Wikipedia Commons)

declaró la importancia de los tres lenguajes de la mujer: mente, corazón y manos. Mente para comprender a Dios, corazón por el amor inmenso con el que crio a su Hijo y manos para recogerlo de la cruz. Y este es el modelo de una Iglesia valiente y actual.

"... podemos deducir que de la citada premisa mayor -la historia avala a la mujer- y de la mencionada premisa menor -algunas mujeres dan su vida por un mundo mejor- se infiere su conclusión lógica: La vida está hecha para mujeres valientes."